



8 1 5 0

Los militares dan la cara, ¿y los civiles?

La derecha ha quedado a la defensiva en materia de violaciones de los derechos humanos, porque cambió el enfoque con que se debatía hasta ahora el problema. Cada vez que se acercaba el 11 de septiembre, se discutían las causas del golpe y cómo se repartían las responsabilidades en ese suceso. El foco estaba puesto en lo que había pasado hace 30 años.

Como es sabido, esta no es una polémica que pueda ser zanjada o en la que quienes participaron de los hechos lleguen a una especie de verdad consensuada. Lo razonable es que todos reconozcan que la convivencia nacional no puede volver a romperse por la violencia entre compatriotas. Siempre será controvertible ponderar las responsabilidades que tuvo cada sector. Pero de allí no se pasa. No tiene sentido esperar que se llegue a un acuerdo sobre interpretaciones, y además no se requiere para perfeccionar nuestra democracia.

Ahora ha ocurrido algo novedoso: el foco se ha desplazado a lo que empezó a ocurrir luego del golpe, especialmente con las personas detenidas e indefensas. Sobre esto puede reflexionarse mucho y concluir que en este terreno la derecha no sale bien parada.

Se han sumando demasiados los juicios en tribunales, las confesiones de los testigos (ahora desde el ámbito de los ex uniformados), la propuesta de la UDI y lo cierto es que el tema se desmarcó del mes de septiembre, para pasar a ser un ingrediente de la actualidad diaria.

Quizá la UDI quiso anticiparse. Pudo haber sido una maniobra hábil, pero el efecto acumulado es devastador para quienes estuvieron en el poder mientras se imponía el terror como sistema. La pregunta sobre "dónde están" (las víctimas), puede pasar a la interrogante complementaria de "donde estaban" (los que no hacían el trabajo sucio, pero se encumbraban en el régimen).

¿Qué es lo que puede justificar la muerte de personas derrotadas y apresadas? ¿Quién se atribuyó el derecho a autorizar torturas? Y, también, la pregunta más puntual, pero menos defendible: ¿por qué después de varios años desenterrar los cuerpos de las víctimas?

No todos ignoraban dónde estaban los cuerpos. Hubo quienes, sabiéndolo, se dedicaron a la faena macabra de hacer desaparecer esos cuerpos. ¿Quién da hoy un paso al frente para reconocer su culpa?

El mayor error de quienes tienen fascinación por las maniobras políticas es que no pueden dominar las consecuencias que desencadenan. Pueden abrir una puerta, pero no cerrarla a voluntad.

No importa a qué acuerdo lleguen los dirigentes de la UDI con algunos parientes de las víctimas. La obligación ética es señalar qué cosas consideramos inaceptables en nuestra patria.

De allí el enorme valor de la declaración de los ocho tenientes generales, que juzga las exhumaciones ilegales a partir del código de conducta militar y las califica como reprochables. Es un acercamiento ostensible hacia la coherencia con los principios profesados.

Sin un paso de esta magnitud es imposible la reintegración de las instituciones con los demás grupos sociales y políticos. No se trata de ser juzgados por otros, sino de juzgarse a sí mismos, a los propios y a los cercanos.

Hay varias formas de hacer justicia. Una de ellas es dejar al descubierto a un tipo de personajes que se han ocultado siempre detrás de los militares, con el pretexto de que guardaban silencio "para defenderlos". Ahora que son los militares los que hablan, la impostura de muchos civiles queda al descubierto.

No es para menos. Uno puede decir que tenía 14 años para el golpe. Pero, a menos que sea Peter Pan, no puede decir que se mantuvo permanentemente niño mientras se torturaba, mataba y exhumaba en la década siguiente.

En estos días hemos sabido que los que participaron de las exhumaciones despiertan en las noches gritando, que los dirigentes que nos decían que estos temas no interesaban a nadie buscan a quienes les permitan exculparlos moralmente. Resulta agotador mentir tanto.

Cuando se desempeñan altos cargos, las responsabilidades son proporcionales. Se han balbuceado algunas respuestas, pero nada que valga la pena recordar. Porque proponer "contemplar los problemas del pasado con una visión de futuro" significa exactamente nada. Es extraño también que se insista en que el sinceramiento es personal cuando los generales acababan de dar la cara.

Se agotaron los tiempos para las maniobras, las operaciones y los golpes de efecto. Cuando todos reconocemos estar ante una tragedia, que nos involucra y nos cuestiona, entonces tenemos que actuar como nación. Ahora es todo Chile quien tiene desaparecidos. No solo quienes lucharon para que el destino de quienes amaban no pasara al olvido. El Presidente Lagos puede hablar a la nación y permitirle que se vea ante el espejo.

Hay varias formas de hacer justicia. Una de ellas es dejar al descubierto a un tipo de personajes que se han ocultado siempre detrás de los militares, con el pretexto de que guardaban silencio "para defenderlos". Ahora que son los militares los que hablan, la impostura de muchos civiles queda al descubierto.